

»con una amorosa violencia, como lo hizo ver bien á los  
»dos peregrinos de Emaus, con los cuales no se detuvo  
»sino ya al caer el dia, y cuando le obligaron con sus  
»ruegos.....»

Por último, dirigia á las almas probadas, predicándoles la confianza con un acento capaz de inspirarla. «Aunque venga la tempestad y la borrasca, escribia á una de  
»estás, no perecereis, porque estais con Jesus. ¡Oh Salvador mio! salvadme. El os tenderá la mano, estrechadla  
»bien y continuad alegremente, sin reflexionar sobre vuestro mal. En tanto que San Pedro tuvo confianza, la tempestad no pudo sumerjirle; pero así que temió se sumerjió. El miedo es un mal mas grande que el mismo mal que le causa. Es preten der demasiado el querer que ninguna hoja de vuestro arbol se mueva; debe bastaros que permanezca profundamente arraigado. Si dais alguna caída, postraos ante Dios para decir en espíritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque estoy enferma. Levantaos luego en paz y seguid adelante, desterrando toda desconfianza, con el pensamiento de que Dios es mas misericordioso que nosotros miserables. Sufrid sin turbacion la privacion de todos los gustos sensibles, pues un acto solo hecho con sequedad vale mas que muchos hechos con gran ternura, con tal que se haga con un amor mas fuerte, aunque menos agradable. En fin, abandonad todo vuestro sér completamente en manos de la Providencia en medio de los accidentes de la vida y aun en presencia de la muerte. Dios os ha guardado hasta ahora; asíos á la mano de la Providencia. Ella os asistirá, y por donde no podais caminar os llevará en sus brazos. No penseis en lo que os sucederá mañana, porque el Padre Eterno, que ha tenido cuidado de vos hoy, lo tendrá mañana y siempre, y no os enviará el mal, ó si os le envia, os dará un valor invencible para sufrirlo. Si experimentais los asaltos de las tentaciones, no deseais ser libertada de ellas. Es bueno que las esperitemos para tener la ocasion de combatir las y de conseguir victorias:

»sirven además para hacernos practicar las mas excelentes virtudes, y para establecerlas sólidamente en nuestras almas.»

## CAPITULO V.

Su amor á Dios.

Hay un amor encerrado en la esperanza, dice Francisco de Sales (1), que es bueno porque nos une á Dios, pero que es imperfecto porque se mezcla con el amor de nuestro propio interés, puesto que si amamos á Dios, es porque es bueno con nosotros y quiere hacernos felices. El amor perfecto, por el contrario, ó sea la verdadera caridad, se eleva sobre todo propio interés; él nos hace amar á Dios, no por el interés del bien que nos hace ó que nos reserva, sino porque tiene en sí mismo la infinita perfeccion digna por sí sola de arrebatarse todos los corazones, la bondad soberana, la belleza incomparable que nunca puede ser bastantemente amada, aun cuando nunca hubiéramos recibido ningun bien ni debiéramos esperar ninguna recompensa, haciéndonos amar á Dios porque es Dios. Tal es el puro amor (2), la perfecta caridad de que San Francisco de Sales nos presenta un magnífico modelo.

La prueba de que amó así á Dios, se encuentra primero en su atencion delicada á observar, no solo los preceptos sino tambien los consejos evangélicos, y en huir hasta la apariencia del pecado, «á la manera, decia con su agradable lenguaje, que la paloma de los Cánticos hacia su morada á la orilla de las aguas, para ver en ellas de lejos la sombra de las aves de rapiña volando y ocultándose en su retiro apenas percibia esa sombra.» (3) Aún

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. II, c. XVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. VII.

(3) Dep. del can. Gard.

era poco para él, refiere uno de sus historiadores (1), no desagradar á Dios, á quien únicamente amaba, aplicándose á amarle en todo lo mas perfectamente que le era posible; y si hubiera conocido un medio de agradarle un poco mas lo hubiera seguido al instante, aunque hubiera debido costarle la vida. La santa Madre Chantal confirma la misma observacion. «No se crea por esto, dice, que no cometiese ninguna imperfeccion, sino que cuando esto le sucedía, era por debilidad ó por sorpresa; y nunca hubiera dejado á una sola apegarse á su corazon, por pequeña que fuera. Todo estaba tan arreglado, tan tranquilo, y la luz de Dios se reflejaba con tanta claridad en aquella hermosa alma, mas pura que el sol, mas blanca que la nieve, que veia hasta los menores átomos de sus movimientos; y nunca consentia voluntariamente en sí lo que comprendía era menos perfecto, porque su amor no se lo permitia. Así decia, que era preciso ligar nuestros afectos y nuestras pasiones, todas nuestras inclinaciones y aversiones, con la cadena de oro del santo amor (2); y si reconociese en mi corazon, añadía, la menor fibra que no estuviese penetrada del amor de mi Dios, la arrancaria al instante. ¡Ah! que me arranquen el corazon si no he de emplearlo todo entero en amar (3). ¡O amar ó morir! porque la vida sin amor es peor que la muerte. Morir á todo otro amor para vivir solo al de Jesus, y poder cantar eternamente: Yo amo á Jesus.» (4) Una de sus máximas era «que la verdadera señal del amor divino es amar igualmente á Dios en todas las cosas, porque siendo siempre igual en sí mismo este soberano Bien, la desigualdad de nuestro amor no puede venir sino de la consideracion de alguna cosa que no es él (5). Si

(1) El P. La Riviere, p. 559.

(2) Dep. de Raynaud.—El P. La Riviere, p. 568.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 26.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XVI.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VI, sec. XXX, p. XII.

(5) Idem, p. XV, sec. XXXIII; p. XI, sec. II.—Carta DCCXLVIII.

«no amásemos mas que á Dios, decia, la pobreza y las riquezas, la salud y la enfermedad, la muerte y la vida, todas las vicisitudes de este mundo nos serian indiferentes, porque las veríamos todas en Dios, que las ordena ó permite con infinita sabiduría.»

Pero el santo prelado no se limitaba á cerrar la entrada de su corazon á lo que no era Dios, sino que practicaba admirablemente lo que ha escrito en su *Introduccion á la vida devota* (1). «Lós que aman á Dios, dice, no pueden cesar de pensar en él, de respirar por él, de aspirar á él, de hablar de él; y quisieran, si fuera posible, grabar en todos los corazones el santo nombre de Jesus.» Por la noche cuando se despertaba, se le oia á menudo exhalar suspiros de amor y esclamar: «Ah, Dios mio, ¿cuándo seréis conocido? ¿Cuándo os amarán como mereceis?» Y por la mañana al levantarse, protestaba á Dios que no queria hacer otra cosa durante el dia que amarle y hacer su voluntad. Entre el dia no vivia mas que de amor. «Ciertamente, decia, es preciso ó amar ó morir, ó mas bien morir para amar; es decir, morir á todo amor que no sea el de Jesus, y no vivir mas que para Aquel que ha muerto para hacernos vivir eternamente en los brazos de su bondad.» (2)

El móvil de todas sus acciones no era evitar el infierno ó ganar el cielo, sino puro amor (3). «Haced mucho por Dios y no hagais nada sin amor, escribia (4); aplicad todo á este amor; comed y bebed por amor.» Su corazon estaba tan lleno de él, que este sentimiento parecia absorber todos los demás. Si amaba á Dios, el temor de los castigos reservados á los que no le aman no se mezclaba para nada en este amor, y si temia á Dios, era únicamente por amor, como el amigo que teme desagradar á su amigo; ob-

(1) Part. II, c. XIII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXI.

(3) Idem, p. XIV, sec. XXXV y VII.

(4) Idem, p. XV, sec. XXII.

servando en esto su máxima, de que amar por temor, es poner hiel en el alimento ó vinagre en la bebida; pero que temer por amor, es poner azúcar en el acibar. Por eso toda su vida era como un ejercicio continuo de amor, segun esta otra máxima que tenia con frecuencia en la boca: que todo lo que se hace por amor es amor; que el trabajo, el cansancio y la muerte misma no son mas que amor cuando se sufren por amor. Por poco que se le observase, era un hecho fácil de reconocer, que cuando hablaba en público, su rostro, sus ademanes, sus palabras se inflamaban, revelando á todos el fuego sagrado que ardia en su corazón. Cuando hablaba en particular, los que le escuchaban se sentian embalsamados de la suavidad celestial del amor divino, en el cual estaba como transformado, hasta el punto de que no se podia menos de experimentar algo de las llamas que le consumian, ni cansarse de verle y de oírle, pues esto era un goce siempre nuevo.

Este amor dominaba tan perfectamente en él sobre todo otro afecto, que nada en el mundo podia darle contento mas que Dios solo, al cual se mantenía tan constantemente unido, puramente y sin mezcla de ningun interés, que un dia tuvo el valor de decir á una persona que le era muy querida: «Si Dios me mandase sacrificaros, como mandó á Abraham que le sacrificara á Isaac, lo haria al instante.» (1) Otro dia dió una respuesta casi semejante á una religiosa que le rogaba le diera un lugar en su afecto. «Os amo tiernamente, le dijo, pero si Dios me ordenase que os ahogase, lo haria resuelta y prontamente.» (2) Pero hay una cosa que revela aún mejor la fuerza de su amor. Con frecuencia se le oyó espresar el deseo de morir martir por el amor de Dios, y no como aquellos mártires á los que el cielo quitaba el sentimiento de sus sufrimientos, sino sintiendo los dolores de los mas horribles tormentos, para probar mejor á Dios su amor. Aún iba mas

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.

(2) De Cambis, t. I, p. 422.

lejos: «¡Ay! verdaderamente, decia, me parece que el paraíso estaria entre las penas del infierno si el amor de Dios pudiera estar en aquel lugar, y los tormentos de los condenados me parecerian deseables si las llamas que los consumen fueran un fuego de amor divino (1).» «Todo me parece poco ó nada, fuera del amor de nuestro gran Dios, y aun considero como nada todos los contentos celestiales comparados con el amor de mi Dios.»

Sin embargo, gemia porque no le amaba bastante. «No podríais imaginaros, escribia á una persona, el sentimiento que tengo del deseo de amar cada vez mas. ¿Para qué vivimos sino para amar á esta soberana Bondad? ¡Ay! ¿Cuándo nos consumirá el divino amor, para hacernos morir enteramente á nosotros mismos y vivir solo para él? (2) ¡Oh amor eterno! mi alma os quiere y os elige por su herencia.... ¡Oh Dios mio! esclama en otra parte (3), ¡qué dicha y qué gloria estar unido á vos con cadenas de amor, arder en el mismo fuego de amor y en la misma fragua que vos! ¡Ay! ¿cuándo estaremos unidos á Dios con union perfecta? ¿Cuándo tendremos corazones consumidos en su amor? ¡Oh, cuánto deseo que estemos muy aniquilados para nosotros mismos á fin de vivir solo para Dios! ¿Qué es lo que pido á Dios, sino el puro y santo amor de mi Salvador?»

En el ardor de su amor, el santo Obispo tenia con frecuencia en la boca esta máxima: «Para quien Dios es todo, el mundo es nada;» máxima conforme á aquellas palabras de San Francisco de Asís: *Mi Dios y mi todo*; y á aquellas otras de Santa Teresa: *Todo lo que no es Dios ó por Dios, es para mí nada*. Esplicando estas palabras, que gustaba de comentar, tenia costumbre de decir: «Nada puede satisfacer en el mundo al que no se contenta con

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIV; p. V, s. II; p. XVIII, s. XXVIII; p. VII, s. XVI.—Carta DCCCXIII.—Dep. de santa Chantal, art. 26.

(2) Carta LXXXIX.

(3) *Fin del Tratado del Amor de Dios*.—Carta DCCLIII.

»Dios: *Cui quod satis est satis non est, huic unquam satis nihil est.*» (1) El que tiene el amor de Dios, no tiene ya ni »temor, ni esperanza, ni deseo, ni ánimo, ni alegría sino »para Dios, y todos sus movimientos estan confundidos en »este único amor celestial (2). ¡Oh, qué buena cosa es no »vivir mas que en Dios, no trabajar sino para Dios, y no »alegrarse sino en Dios! En cuanto á mí, decia, no quiero »ser ya nada para nadie, ni que nadie sea nada para mí »sino en él y por él solo (3). ¡Sí, mi Dios! me parece que »todo es nada para mí fuera de Dios, en el cual y por el »cual amo mas tiernamente á las almas.» Verdaderamente era insensible á todo lo que mira á la tierra, y nada le movia sino Dios ó lo que tiene relacion con Dios. «Nuestro señor, decian sus criados, no se anima sino por Dios, »no se inquieta por lo que se sirve en la mesa, ni porque »los manjares esten frios ó calientes, insípidos ó agradables al gusto; pero no puede sufrir la menor ofensa de »Dios.»

Por último, dice la santa Madre Chantal, si se quiere saber el amor de Dios en que el santo prelado estaba abrasado, no hay mas que leer los doce libros de su *Tratado del amor de Dios*, donde se retrata ingenuamente á sí mismo, no siendo toda esta admirable obra mas que la historia fiel de su corazon y de su vida (4). Es imposible leer sobre todo el capítulo XXII del libro II, los capítulos III, IV, VII y IX del libro X, el capítulo XIV del libro XI, y el capítulo XIII del libro XII, sin sentir que el autor era todo fuego y amor á su Dios. En este hermoso tratado es donde su corazon, entregándose al amor que los teólogos llaman de complacencia, exclama: «¡Qué hermoso sois, »Amado mio. Bendito sea mi Dios para siempre, porque es »bueno! Poco me importa vivir ó morir, porque soy dema-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, s. X.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. XXXIII.—Dep. de Desfages.

(4) Dep. de la santa Madre Chantal.

»siado feliz sabiendo que mi Dios es rico en toda suerte de »bienes, y que su bondad es infinita.» (1) Allí es donde, presentando otros motivos de amar, cuenta el amor de reconocimiento de que le penetran los beneficios de Dios, como son la creacion, la redencion, la justificacion. «¡Ah! »dice, ¿cómo se puede tener un corazon y no amar una »bondad tan infinita?» Allí, en fin, es donde espone el amor de benevolencia que es debido á Dios (2), es decir, el deseo inmenso que debe sentir todo corazon cristiano por verle conocido, amado y servido, y la pena que debe causarnos la ofensa de este Padre infinitamente bueno, cuyo amor de benevolencia está fundado sobre el principio de que el amor no puede sufrir ver ofender al que ama. No seguiremos al santo autor en la definicion que da de este amor, pues nos bastará decir que su vida entera es una manifestacion mas magnífica aún de él; porque si se entregó á tantas predicaciones y confesiones, si hizo volver al buen camino á tantos herejes y pecadores, si reformó tantos monasterios, si estableció la orden de la Visitacion, si consagró toda su vida á continuos trabajos, no fué mas que para destruir el reino del pecado y establecer el amor de Dios en todos los corazones. Si escribió tantas cartas piadosas, si compuso tantas bellas obras, y particularmente su *Tratado del amor de Dios*, no fué mas que porque, no pudiendo predicar el amor de Dios tanto como lo deseaba, pensó que sus libros reemplazarian á su voz é irian á repetir á todos los paises como á todos los siglos este gran mandamiento de la ley: «Amad á Dios con todo »vuestro entendimiento, con todo vuestro corazon, con »toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas.» Tan grabadas estaban en el corazon del santo prelado aquellas palabras, que refiere de él la Madre Chaugy en su deposicion, que, «si se ama, es preciso trabajar en amar á Dios »y servir al prójimo; que la caridad es la madre del celo,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, s. I.

(2) Idem, p. I, s. XXXI; p. XIV, s. II.

»y dice siempre al celestial Esposo, como Raquel á Jacob:  
»Dadme hijos, ó moriré.»

Para escitar á todos los corazones á amar, no cesaba de repetir que el mérito de todas nuestras obras y la perfeccion cristiana consisten en el amor. «El amor, decia, es el que da valor á todas nuestras obras; no es por la grandeza ni por la multiplicidad de las obras por lo que agradamos á Dios, sino por el amor con que las hacemos; »y sufrir una burla con dos onzas de amor, vale mas que »sufrir el martirio con una onza del mismo amor (1)..... »Cada uno, decia, se forma una perfeccion á su modo; »unos la ponen en la austeridad de la vida, otros en la limosna, otros en la frecuencia de los sacramentos; por lo que á mí hace, no conozco mas perfeccion que amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos, no siendo todas las obras prácticas mas que medios para llegar á la caridad, pero no la caridad misma, que es »la única que forma la perfeccion.» Cuando le preguntaban qué habia que hacer para llegar á amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos: «Es preciso, »contestaba, amar á Dios con todo nuestro corazon y al »prójimo como á nosotros mismos: no sé otra ciencia para »llegar á amar que amar, como se aprende á estudiar estudiando, á hablar hablando, á trabajar trabajando. Que »empiecen los aprendices, y á fuerza de amar se harán »maestros; y que los mas adelantados avancen siempre, y »no crean haber llegado nunca al término; porque la caridad de esta vida siempre puede tener aumento (2). Desead amar siempre mas, añadia, este es el medio de crecer siempre en el amor. Quien desea mucho la dileccion, »la busca, y el que la busca con cuidado, la encuentra. »¡Oh! cuánto debemos desear este amor y amar este deseo,

(1) Manuscrito de la Madre Fichet, p. 45.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIII y XIV; p. IX, sec. XVIII; p. XV, sec. XXVI; y p. XXVI, sec. XLVIII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXIX y XXX.

»porque la razon quiere que deseemos amar siempre lo »que no puede nunca ser bastantemente amado, y que deseemos lo que nunca puede ser bastantemente deseado (1). »La medida del amor, es amar sin medida.» (2)

## CAPITULO VI.

Su conformidad con la voluntad de Dios (3).

El acto de amor mas escelente de que es capaz un alma cristiana, así como el grado mas alto á que puede elevarse, es, segun San Francisco de Sales, la union perfecta de su voluntad con la de Dios; esta union, que hace que no se desee otra cosa en este mundo mas que á Dios solo y su beneplácito, y que se quiera todo lo que él quiere y como lo quiere, estando siempre dispuesto á ir, con paz y alegría, á cualquier parte donde nos llame, á aceptar todo lo que nos envíe y á hacer todo lo que nos pida. Tal fué la vida del santo Obispo de Ginebra; siempre resignado y unido á la voluntad de Dios por un amor mezclado de una santa confianza, siempre sumiso por anticipado á los efectos de la divina Providencia, conducia todos los negocios con una perfecta paz y reposo de su alma, sin turbarse, apresurarse ni inquietarse por el resultado, y sin alterarse si sobrevenia algun accidente contrario (4).

Emplear su tiempo en una cosa ó en otra, estar sano ó enfermo, ser alabado ó censurado, todo le era igual, porque en todo veia el beneplácito de Dios. «No mireis, decia, absolutamente las cosas que haceis por lo que ellas »son, sino el honor que encierran, por miserables que sean,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXII; p. XVIII, sec. X.

(2) Idem, p. XIII, sec. XII.

(3) Idem, p. X, sec. XXX; p. XIV, sec. IX; p. III, sec. XLII.

(4) Dep. de Moccand.